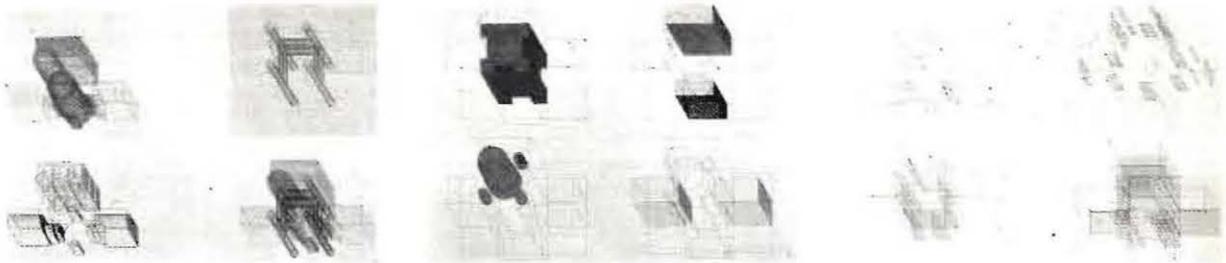


A



Arquitectura

El Observatorio Astronómico de Villanueva y los aforismos de un solitario

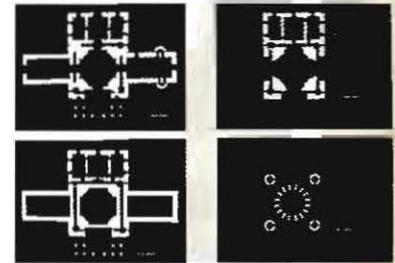
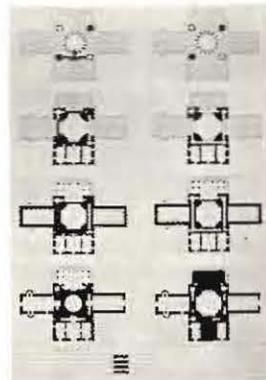
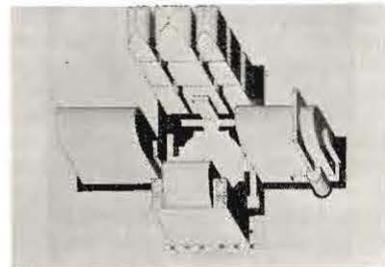
Javier Climent Ortiz



En 1975, el Observatorio Astronómico de Madrid, obra del arquitecto Juan de Villanueva, ofrecía un estado de conservación verdaderamente lamentable y, en algunos aspectos, de semirruina. El ingeniero geógrafo y director general del Instituto Geográfico y Catastral, Rodolfo Núñez de las Cuevas, tuvo entonces la feliz iniciativa de restituir y conservar ese edificio. Al arquitecto Antonio Fernández Alba se le encargó la consolidación, restitución y adaptación del mismo para futuro Museo de Astronomía. En la actualidad se ha realizado ya la primera parte de este trabajo, quedando aún pendientes las futuras instalaciones museísticas.

A la par que damos a la luz el presente informe, GUADALIMAR espera que el Observatorio, actualmente inserto en el casco histórico, acabe siendo reconocido como monumento nacional.

Los trabajos gráficos que ilustran el artículo de Javier Climent han sido realizados en la Cátedra de Elementos de Composición de segundo curso, en la Escuela de Arquitectura de Madrid.



La arquitectura de un maestro siempre se ha visto complementada por la de otros que le han seguido. Un edificio que llamamos «histórico» deviene en forma que ocupando un lugar preferente en nuestro contexto cultural (y en el de nuestros prejuicios también), dimana para él interpretaciones nuevas de las que le originaron. Interpretaciones que insertándose en el conjunto de su historia, equivocadas o ciertas, actúan sobre él, deformándolo o animándolo hacia otras formas, al punto de elaborar un **continuo** de acción arquitectónica que hace presente el paso del tiempo en el espacio que él protagoniza.

La arquitectura de un maestro se presenta, pues, como una incógnita difícil, en interpretaciones posteriores. ¿Cuáles fueron sus motivaciones en el repertorio formal y constructivo? ¿Cuáles sus ideas apriorísticas y sus influencias?

El caso de Villanueva y de su Observatorio es paradigmático. Se trata de la obra de un arquitecto «madrileño», fundamentador de una composición, la «vilanovina», que refleja magistralmente los temas de base de la arquitectura neoclásica.

El rojo de las fábricas de ladrillo, enmarcando los volúmenes en aristas de granito o caliza, incluía los materiales típicos de la ciudad de Madrid, en una de las componentes radicales de la Arquitectura de la Razón. La yuxtaposición de materiales destruía así la idea de material único del tardo barroco.

El Observatorio es una obra ya al final de su carrera, que empezó siendo ambiciosa, quedando disminuida en volumen con el paso del tiempo y

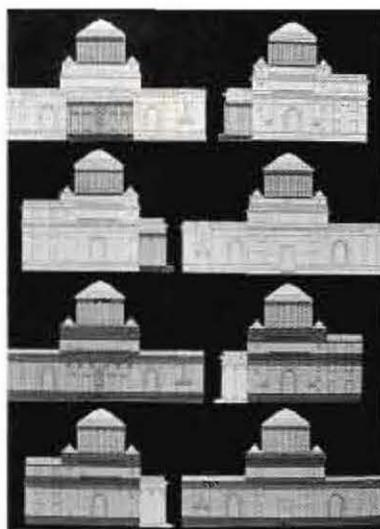
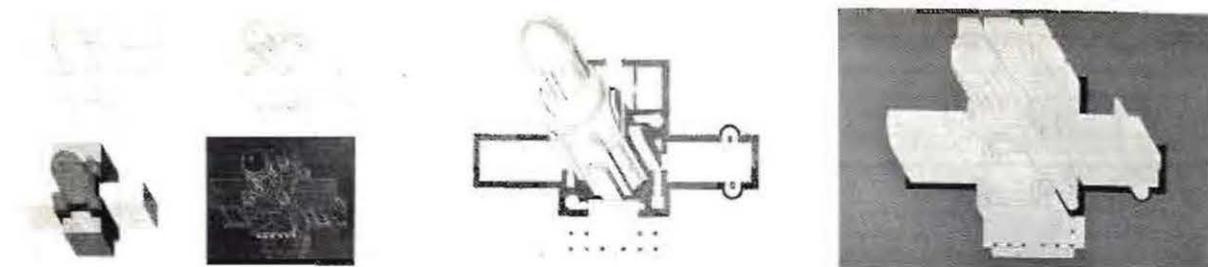
conservándose sólo lo que iba a ser su coronación. El racionalismo del momento de Villanueva, que independizaba los elementos con respecto al todo, había sido tenido en cuenta en anteriores edificios. La técnica del collage, que yuxtaponía elementos para conseguir un todo organizado, se conocen ya en los primeros bosquejos del arquitecto para el edificio.

Villanueva conocía de anteriores experiencias la invariante neoclásica, entendiendo que el tardo barroco de su coetáneo, Ventura Rodríguez, no era fórmula precisa para un tiempo que se debatía hacia nuevos rumbos. Y él, «arquitecto de Madrid», elabora un edificio que expresa concienzudamente las nuevas preocupaciones.

El manejo de superficies planas harán evidente el equilibrio entre fuerzas y elementos no homogéneos. La interpenetración de elementos no es ya la barroca, controvertida y orgánica, sino que es la penetración de un elemento en otro hasta romperlo en dos partes.

En el Observatorio estas penetraciones juegan a modo de organismos compuestos «uno con otro», sin excluirse. El cartesianismo, como conjugación de directrices espaciales, relaciona volúmenes de geometría elemental, sin destruir así la identidad de espacio y figura que las diferentes partes tienen en sí mismas.

El edificio, que como antes decíamos quedó incompleto respecto del proyecto original, ha ido pasando con el tiempo a través de diferentes interpretaciones que sobre él se han hecho. Y, en



Documentación gráfica

El arquitecto Antonio Fernández Alba ha elaborado este comentario a partir de la escasa documentación gráfica que se posee sobre el Observatorio Astronómico y Meteorológico de Madrid. En un primer grabado perteneciente a la colección del general Sader d'Albe, se advierte el edificio sin los pináculos frontales, con los cuerpos laterales (biblioteca y sala meridiana) muy estrechos, el frontón sin remate (peto) superior de balaustrada o verja. El cuerpo trasero, de tres pisos, tiene dos ventanas alineadas en lo vertical, en los planos laterales del mismo, y no se aprecian huecos de iluminación en los núcleos de las escaleras. Esta corresponde al estado en que se hallaba la edificación en los momentos de guerra con los franceses.

Del proyecto primitivo se sabe, a través de un dibujo a tinta de Isidoro Velázquez, que estaba constituido por tres cuerpos con un templete superior de coronación. El cuerpo bajo, con dos alas laterales adosadas macizas a un pórtico ortástico, pareado en doble formación de cuatro columnas dóricas con basa. Se supone que sería el lugar de entrada del edificio. En total tenía dos plantas. Un cuerpo superior de cuatro plantas en el cual se dibuja lo que es aproximadamente el actual edificio. El templete superior es muy semejante al actual. De este proyecto queda dicho que lo único que se conserva es el templete superior y su cuerpo basamental. Los dos cuerpos, intermedio y bajo, adosados ya a la caída de la colina, hoy no existen.

En un dibujo a tinta, panorámico de Isidoro Velázquez, se observa el edificio, también muy semejante al actual. Se aprecia la entrada primitiva de acceso a la colina de sostén del Observatorio. La biblioteca y sala meridiana, antes con ventanas a la fachada principal. No hay pináculos frontales, sólo dos traseros. El templete se encuentra acristalado y existe una balaustrada maciza que corre todo el frente, incluidos laterales, en el mismo lugar donde hoy se encuentra la balaustrada isabelina. Existen, como dato curioso, dados macizos en el basamental de las columnas extremas del pórtico.

El no conocimiento de los planos primitivos de Villanueva provoca gran oscuridad en la documentación definitiva sobre cómo era el edificio en la primitiva concepción.

nuestro tiempo, otro «arquitecto de Madrid», Antonio Fernández Alba, ha acometido su restauración. La interpretación de Fernández Alba empieza por ser fidedigna al tiempo en que se construyó. El carácter de un material que, enfoscado y lechoso, desplegaría figura y sombra en sus superficies, ahora se observa de un modo fiel a como Villanueva lo planteó. Las paredes de tono claro evidencian el juego de las sombras de los elementos exentos y los inherentes al cuerpo de la edificación. El diseño arquitectónico de Villanueva, en que sólo las fábricas claras, desnudas de toda textura constructiva, quedaban sugeridas en sus bocetos iniciales, se perciben ahora, permitiéndolo el oscuro anodizado del aluminio de las ventanas de Fernández Alba. Ha habido una latente preocupación en entender la intervención con un concepto de conservación del edificio y no de restauración del mismo. Nada se ha inventado; Fernández Alba simplemente ha tratado entrañablemente el edificio de otro colega madrileño.

Se me antoja en estas líneas una comparación entre la obra de los arquitectos. Fernández Alba, controvertido al tiempo que le toca vivir, ha entendido siempre su arquitectura en términos similares a como en el siglo anterior la entendió Villanueva. El diseño de sombras que implicaba una contemplación escultural de la fachada parece ahora idéntico en la obra de los dos arquitectos. Sobriedad, equilibrio y placidez han sido perseguidos igualmente por ambos. Existe además, en lo último de la obra de Fernández Alba, una componente propia del Neoclásico, hasta ahora desconocida, que lo aleja de los primeros momentos de presupuestos organicistas.

Al escaparate de «actualidad», espléndidamente iluminado, del momento arquitectónico madrileño, le sobran luces que deslumbran y le faltan sustancias propias que enseñar. «Americanismo», «italianismo» y demás corrientes terminan por colmar el paisaje de Madrid, ennubeciendo una vez más la posible línea particular de hacer arquitectura en esta capital, cultura de segunda mano, en suma. Ni que decir tiene que esto sería pedir demasiado. La receta y la consigna cumplen el papel de lo que en otras partes es la consecución de la arquitectura como exponente más del lugar.

A Villanueva, que nunca le faltó conocimiento de lo que por fuera se hacía, le sobró talento para determinar a lo largo de su obra la arquitectura que él veía conveniente a sus edificios de Madrid, de modo que la escuela de arquitectos villanovinos tuvieron sólidas referencias en la arquitectura del maestro.

La actitud de Fernández Alba la veo ahora similar. De ahí, pienso, el sentido entendimiento de este último hacia la obra del primero. De ahí, el calor y la obsesión admirativa de Fernández Alba, que, paralela a su intervención, estudia la obra de Villanueva con sus alumnos y colaboradores, dejando una pauta personal en el quehacer, pienso que desconocida en nuestro agitado momento.

Ahora nos parece una moderna teoría de restauración la suya.

El respeto, la lectura cuidada y la intervención medida, son predicamentos sencillos. Son la afirmación consciente y ceñuda de alguien que sabe de Arquitectura. Por eso es natural que ahora parezcan los aforismos de un solitario.